

Enrique Cabrera

Catedrático
Univ. Politécnica de
Valencia

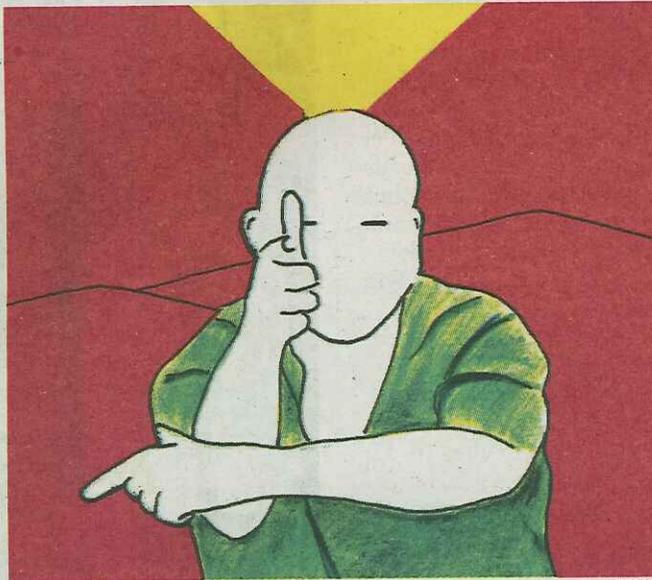


«La iniciativa CEI es excelente. Pero tiene sentido en el marco de un plan estratégico elaborado entre todos, que garantice la sostenibilidad del sistema»

POLITICAS UNIVERSITARIAS DE ESTADO CASI INSOSTENIBLES

EL pasado 1 de febrero el Director de este periódico publicaba la Tercera «Las políticas de Estado en un sistema casi insostenible», una reflexión que evidenciaba la imposibilidad de seguir como hasta ahora. También invitaba a analizar con más detalle las políticas específicas más relevantes. Pues bien, entro al trapo de la política universitaria y hasta, *mutatis mutandi*, repito el título de aquella Tercera. No en vano caminos distintos nos llevan al mismo destino. Una política, la universitaria, bien representada por su proyecto estrella, los Campus de Excelencia Internacional (CEI). Cerrada su primera convocatoria conviene revisar su pobre balance. A favor, una mayor visibilidad internacional. En contra, su apuesta por el corto plazo, ignorar la raíz del problema y crear agravios innecesarios. Y conste que no se cuestiona el fondo pero sí la forma. Cambiar la estructura productiva exige mejorar la educación y el I+D, que tanto montan. Pero si hubiere que priorizar, comiencese por la primera, pues la educación es la causa y el I+D el efecto. Y como conviene optimizar los recursos, promuévanse acciones que favorezcan la economía de escala y fomenten la competencia. Pero lanzarlas sin la adecuada preparación, con prisas (la convocatoria sale a finales de julio), difusos criterios de valoración, escasos medios económicos y un jurado internacional que desconoce la realidad del país pero diluye la responsabilidad del resultado, es arriesgado porque el sabor de la derrota injusta es amargo.

Se sabía que valorar la excelencia de las universidades y de sus proyectos es asunto complejo. Y también se sabía que los resultados se iban a analizar con lupa y hasta en clave política. Al final cinco campus (de Madrid o Barcelona) tienen la etiqueta «Proyecto CEI de ámbito internacional», cuatro de «ámbito regional» y, por último, cual si la selección sub21 fuese, nueve sólo «prometen», una muestra más de improvisación pues esas figuras (CEI regional o promotor) no estaban en las bases. Nada que ver con la fuente de inspiración, Alemania y su Initiative for Excellence. Bien dotada (1.900 millones de euros) y con reglas de juego claras (están hasta en la Wikipedia), la apuesta germana culmina un proceso



BERRIDI

de dos décadas iniciado con la evaluación, con indicadores propios, de sus universidades. Una cultura inexistente en España que recurre a *rankings* internacionales. De ahí que el proceso seguido invite a pensar que el Ministerio, disponiendo de una partida sin asignar (discreta pero suficiente) y visto el éxito alemán, decida lanzar la acción porque nuestros CEI deben ascender en los *rankings*. El más objetivo, el de Shanghái, aunque no permite seguir los avances concretos que a un país importan, tiene una estructura clara. Cinco indicadores de gran visibilidad internacional que mejoran integrando las universidades en un proyecto. Sólo el sexto (considera el número de participantes) no suma los valores parciales. Pero tampoco los resta.

Y como la unión hace la fuerza convendrá preguntarse por su alcance, pues profesores adscritos a campus CEI integrados consideran las partes inmiscibles. Por ello las agregaciones, antes que voluntarias, parecen de conveniencia. Porque nadie sabe si incluye, por ejemplo, la racionalización de un mapa de titulaciones que promueva que en lo docente cada parte haga lo que mejor sabe hacer. O ¿acaso hablamos de una UTE para ascender en el *ranking*? Colaborar en I+D, sobre todo si se obtienen más recursos, es sencillo. Lo complejo es la integración docente pues, como en las fusiones bancarias, puede evidenciar la necesidad de reducir la plantilla. En un momento en que centros y universidades van a la caza del alumno para justificar su existencia, al deci-

dir qué va a estudiar ¿hasta dónde agregaciones estratégicas sin contenido docente pueden condicionarle? No conviene olvidar que la última razón de ser de la universidad son los alumnos. Sin ellos no existe. Por ello, una decisión de este calado exige planificación y reglas de juego claras. Algunos de quienes elaboraron propuestas han comentado que los mensajes del Ministerio cambiaban y, por tanto, confundían. Nada nuevo en un Ministerio que implantó la maestría antes que el grado.

La universidad debe mejorar en cuantas facetas le ha delegado la sociedad. Pero lo debe hacer con un plan estratégico bien definido, elaborado con la participación de las autonomías (las competencias están delegadas). Porque no es razonable introducir tal perturbación sin valorar sus consecuencias. Mejorar la posición en *rankings* que ignoran la realidad del día a día, especialmente las cuestiones docentes, no lo justifica. El *ranking* de Shanghái mide la calidad de la docencia por los premios Nobel egresados de la institución, de ahí que las más de las universidades de todo el mundo tengan un cero en docencia. Una docencia que, propiciada por el sistema de financiación vigente, apuesta por la cantidad e ignora la calidad, lo que explica que la formación haya caído hasta niveles insospechados. Tal vez por ello nuestro porcentaje de universitarios es el 19 por ciento, seis puntos más que en Alemania. Como en tantos asuntos, el entusiasmo inicial del estado de las autonomías muestra hoy preocupantes efectos secundarios. Porque no hay provincia

que se precie sin universidad. La euforia económica vivida en los últimos años ha hecho el resto. Exceso de oferta docente y plantillas creciendo a un ritmo vertiginoso que obligaron a relajar los procesos de selección. Unas plantillas hoy bloqueadas. En la universidad no ingresan jóvenes porque ni los jubilados se reponen. Como sobran profesores, para alivio de unos presupuestos a la baja las plazas se amortizan.

La docencia universitaria, al igual que las fases previas, está devaluada. Ser un buen profesor, dominar la materia que se imparte y transmitirla con solvencia, no da prestigio. Los quinquenios, los galones que acreditan la docencia, se conceden automáticamente. Los sexenios, méritos ligados a la investigación, son otra cosa. Con reglas de juego claras, hay que publicar como sea porque también lo exigen unos mecanismos de promoción que no garantizan que quien gana la plaza domine la materia. No extraña, pues, que el primer concepto que un profesor debe aprender es la MPU (Minimum Publishable Unit). Hay que fraccionar la investigación al máximo. Las citas, un indicador del impacto que tampoco es la panacea, raras veces cuentan. Y esto es lo que hay. Una universidad insostenible (muchos gerentes hacen encajes de bolillos para pagar las nóminas), de espaldas a la docencia, obsesionada en publicar lo que sea y con plantillas saturadas y descompensadas incapaces de reconvertirse. No es, pues, la más adecuada para apoyar el cambio al nuevo modelo productivo que se reclama. Marcar objetivos, arreglar desajustes y ordenar lo desordenado es lo que hace falta. Un buen puesto en los *rankings* luce, pero cuando hay asuntos clave de urgente atención no es prioritario. Más conviene evitar que, campus CEI incluidos, explote la burbuja universitaria. La iniciativa CEI es excelente. Pero tiene sentido en el marco de un plan estratégico elaborado entre todos, que garantice la sostenibilidad del sistema. Y, si es menester, reduciendo (y no sólo agregando) universidades. Algunos países como Finlandia lo están haciendo. Un proceso liderado por el Estado que regenere, establezca indicadores que midan lo que importa y, finalmente, incentive la competencia primando a quienes mejor alcanzan sus objetivos. Las crisis evidencian que se ha vivido por encima de las posibilidades. Sólo sirven, que no es poco, para corregir desequilibrios. Y la universidad no es la excepción.